

cuyo semblante se distinguía la cólera que con el deseo no puede ocultarse, se abrieron camino hasta el altar, y en medio de las aclamaciones de regocijo de sus secuaces, arrojaron al fuego un grueso volumen; pero la alegría se cambió pronto en silencioso asombro, al ver que el volumen permanecía intacto en medio del fuego, y como las llamas flameaban inocentemente en derredor suyo, pude leer estas palabras en letras de oro: *La Biblia*. En el mismo instante mis oídos se extasiaron con el sonido de una música divina y de un himno cantado por seres invisibles, del cual pude retener estos versos:

« Las palabras del Señor son palabras puras, llanas como la plata ensayada en el crisol, y purificada siete veces en el fuego. »

« Son más apetecibles que el oro, y aún que el oro más fino; más dulces que la miel y el panal. »

La melodía de voces é instrumentos de este exquisito concierto, produjo en mi alma un placer tan vivo que me hizo despertar.

Soy de Vd. Señor Aventurero, su muy humilde servidor.

QUEJAS CONTRA LOS MIRONES.

ENSAYO DE STEELE.

(Vertido del Charlador de Londres.)

Anoche comenzaba yo á tomar en consideración una carta que me dirigieron dos padres indulgentes, sobre su hija única, que desean enviar á un pupilage, ó conservar en su casa, según mi determinación, cuando me distrajeron de este asunto otras cartas de unas señoras, en que se quejan de cierta especie de enemigos declarados del bello sexo que ellas llaman *mirones*. Parece que hay caballeros que miran con profunda atención á un objeto en el teatro, y dirigen siempre la vista en derredor suyo en las iglesias. Dichas señoras me aseguran que por su parte hacen cuanto es posible para desviar sus ojos de estos trampistas; pero no saben por qué virtud, tanto sus placeres como sus devociones, se ven interrumpidas por ellos, de modo que no pueden atender á unos ni á otras, sin robar miradas con las personas que tienen los ojos fijos en ellas. Mis correspondales dicen que por este medio se consideran poco á poco menos ofendidas, y se ven con el

tiempo amarteladas de sus enemigos. Lo que se solicita de mí en esta ocasión es, que como tengo simpatía por el bello sexo y procuro conservar su reputación, le dé algún consejo sobre este peligroso asalto, contra el cual la defensa es débil, porque permanece emboscado en los ojos mismos, y por fuerza le hace caer bajo el dominio de sus enemigos á sabiendas, viéndolo y queiriéndolo.

Esta manifestación del estado actual de cosas entre ambos sexos, me alarmó mucho; y sólo tuve que recordar lo que vi en una asamblea hace poco tiempo, para convencerme de la verdad y justicia con que se quejan mis correspondales. Si no se reprime esta perniciosa práctica, todos los obsequios, finezas y cumplimientos elegantes, que nacen de la pasión del amor, decaerán necesariamente. ¿Quién se tomará el trabajo de emplear la retórica, ó de estudiar el bien parecer, cuando le es más fácil introducirse con un saludo repentino ó una ojeada encubierta, al encontrar los ojos de una hermosa, y mirarla de nuevo al soslayo luego que pase otra vez la vista accidentalmente? La última vez que fui al teatro, recuerdo muy bien haber notado que los ojos de toda la audiencia se cruzaban en ángulos particulares de uno sobre otro, sin la menor atención á la escena, aunque el Rey Latino se hallaba presente cuando hice esta observación. Era cosa muy divertida penetrar las intenciones de toda la compañía: porque las niñas de los ojos se hallan formadas de tal manera, que los ojos del observador son anteojos, con los cuales puede leer lo que pasa en los corazones. El espectador más común puede notar cualquiera agitación violenta en el alma, cualquier éxtasis agradable, ó cualquiera pesadumbre interior, en la persona sobre la cual fija la vista. Un observador puede ver una indiferencia estudiada, un amor oculto, ó un resentimiento sofocado en las mismas miradas hechas expresamente para disimular estas disposiciones del alma. Los naturalistas nos dicen que la culebra de cascabel suele colocarse bajo el árbol en que ve juguetear á una ardilla, y luego que logra cambiar una mirada con el animalillo retozón, hace sobre el tal impresión, que aunque puede saltar de rama en rama y se esfuerce en desviar sus ojos por algún tiempo, sin embargo, por pequeños intervalos en que dirige la vista hacia otra parte, se acerca poco á poco hasta que viene á dar en la boca de la culebra, aunque conociendo que ésta sólo intentaba su ruina. No prestaba yo mucha fe á este trozo de historia natural, hasta la noche de que voy hablando, en

que vi realizarse el mismo hecho entre un mirón y una coqueta. Botarate, el más diestro entre los primeros, había dejado de visitar por algún tiempo á Mañuela, no menos eminente entre las segundas. Ambos evitaban de intento, todos los lugares en que podían encontrarse, pero la casualidad los trajo al teatro, hallándose sentados en línea recta, uno enfrente de otro, ella en un palco y él en el patio cerca de la escena. Luego que apareció Mañuela en el palco, y recibió la descarga de miradas del patio con el aire de indiferencia que conviene en estas circunstancias, comenzó á dirigir los ojos alrededor, y viendo al vagabundo Botarate que hacia algún tiempo se había ausentado de su lertulia, le enderezó unas miradas que en el lenguaje de los mirones se llaman *desdeñosas*; pero en el acto fijó los ojos en otra parte, y á poco volvió á dirigirle miradas *indiferentes*. Esto produjo en Botarate no poco resentimiento, pero obró en consecuencia: cuidó de estar pronto para cuando Mañuela volviese á mirarlo, y llegado el caso, encontró ella los ojos de Botarate llenos de *indolencia*, con sus labios recogidos en la postura de uno que silba. Con semejante acción, apareció en el acto la cólera en todos los músculos del semblante de Mañuela; y después de varias emociones que brillaron en sus ojos, pasó la vista en derredor del teatro, y dirigió miradas complacientes á todos los hombres que ya había visto antes. Cuando ella creyó que había reducido á todos á su obediencia, comenzó la comedia, y finalizó su diálogo mudo. Terminado el primer acto, adoptó ella un semblante placentero, como si le diese gusto ver á toda la concurrencia, y al fin fijó la vista á Botarate, que se hallaba entonces colocado en uno de los pasadizos del patio con su sombrero gacho que casi le cubría los ojos, y veía á una mozueta en el palco bajo contigo, como si hablase de ella al sujeto que tenía al lado. Pero luego que Mañuela le fijó la vista, le dió el repentinamente toda la cara, y con el mayor respeto le hizo un saludo muy obsequioso á presencia de todo el mundo. Esto procuró á Mañuela un placer visible, y correspondió el saludo con sonrisa que anunciaba una reconciliación completa. Entre los siguientes actos se hablaron mutuamente con señas y miradas tan significativas, que hicieron reír á todos los asistentes, y convinieron en que Botarate hablaría con ella al salir del teatro.

El lenguaje peculiar de un ojo, que difiere tanto de otro como una voz difiere de otra voz, y la fascinación ó encanto que reside en los nervios de la visión de las personas interesadas en estos

diálogos mudos, es, lo confieso, asunto muy dificultoso para el que no se halla iniciado en estas especulaciones; pero en obsequio de la seguridad y quietud del bello sexo, pienso llamar al mejor oculista de esta capital, íntimo amigo mío, y cooperador honorario de este periódico, para que me ayude, y por medio de sus luces y observaciones sobre este órgano, instruiré á las bellas de cuándo deben desconfiar del ojo y cuándo darle entero crédito. Por el contrario, ocultaré la verdadera significación de las miradas de ellas, y les toleraré todo el arte que puedan adquirir en el manejo de sus miradas; todo lo cual es muy poca cosa contra unos seres que se gozan en la falsedad, y comienzan á perjurar con sus ojos cuando ya no puede prestarse fe á sus lenguas.

TRANSMIGRACIONES REFERIDAS POR UNA PULGA.

CRUELDAD CON LOS ANIMALES.

(Sacño de *Hawkesworth*, publicado en el *Aventurero de Londres*.)

Es una desgracia peculiar á los que viven del trabajo intelectual, no poder meditar siempre con provecho, ni utilizar igualmente su tiempo. Hay momentos en que la facultad de inventar se encuentra suspendida, y el alma postrada en un estado de debilidad de que no puede salir por sí misma, del mismo modo que el que duerme, no puede despertar por un esfuerzo de su voluntad. Hace pocas noches me hallaba yo sentado en mi estudio, en este estado de perplejidad, y después de haber rumiado y hecho vanas tentativas para concebir una idea propia para el artículo que debía publicarse hoy en el *Aventurero*, determiné ir á la cama, esperando que la mañana siguiente restauraría el vigor de mi alma.

Apenas me dormí, cuando me vi libre de tan penosa situación, concibiendo ideas que si hubiese estado despierto, habrían aumentado mi embarazo, y en vez de imprimir en mi alma una serie de pensamientos regulares, me habrían llenado de asombro y horror; porque en los sueños, ya sean producidos por un poder de la imaginación para combinar imágenes que la razón separaría, ó que el alma reciba fácilmente impresiones de algún agente invisible, la memoria parece descansar enteramente adormecida,

y el entendimiento sólo se emplea de los objetos que tiene entonces presentes, sin comparar lo actual con lo pasado. Cuando dormimos solemos conversar con un conocido muerto ó ausente, sin recordar que la tumba ó el océano se halla entre nosotros. Flotamos como una pluma en el viento, ó nos encontramos en este instante en Inglaterra, y el siguiente en la India. Nos familiarizamos con prodigios, nos acomodamos á todos los acontecimientos por ridículos que sean, y no sólo razonamos, sino obramos por principios de lo más absurdos y extravagantes.

En este estado, pues, en que ningún prodigio podía incapacitarme para recibir lecciones instructivas, soñé que estaba yo sentado en mi estudio, pensativo y desanimado, y que repentinamente oí un chillidito que pronunció estas palabras: « Toma la pluma; voy á dictarte un Aventurero. » Me volví para ver de dónde venía esta voz, pero no pude descubrir nada. Creyendo pues, que mi ángel de guarda, ó alguna musa favorita estaba presente, me preparé en el acto á escribir, y la voz me dictó la siguiente narrativa:

Yo era el hijo mayor de un hacendero rico, y cuando llegué á cumplir diez y ocho años, caí con mi caballo en la caza, me disloqué el cuello, y por falta de curación inmediata, di el último suspiro antes de ser conducido á mi casa; pero la siguiente mañana me encontré, con inexplicable sentimiento y asombro, bajo la forma de un perro mestizo, en la caballeriza de una posada, perteneciente á un hombre que había sido despensero de mi padre, y se había casado con la cocinera. Grandes eran en verdad, las caricias que se me hacían, pero mi amo, con el fin de aumentar, como él dijo, mi belleza y mi fuerza, me desembarazó pronto de mis orejas y de mi rabo. Además del dolor de esta operación, experimenté después las desventajas de semejante mutilación en mil circunstancias; esto sin embargo, fué una pequeña parte de las miserias que en tal estado me vi condenado á sufrir.

Mi amo tenía un hijo de siete años que le era muy querido, y como toleraba todos sus caprichos, satisfacía el muchacho su resentimiento contra cualquiera cosa animada ó inanimada que le había ofendido, dándole golpes; y cuando hacía alguna travesura sería, porque las faltas pequeñas le eran disimuladas, el padre, la madre, ó la criada, me castigaban en lugar suyo. Este trato de personas que yo estaba acostumbrado á ver con desprecio, no era para soportarse más tiempo, y una mañana temprano

tomé las de Villadiego. Caminé sin detenerme hasta las dos de la tarde, aunque llovía á mares; cerca de las cuatro atravesé un pueblo, y viendo un montón de acepilladuras al abrigo de la lluvia, pertenecientes á unos carpinteros que reparaban un techo, me escondí en ellas sin que me vieses, según yo creía, y me acosté; pero un carpintero que acepillaba una tabla, observando que era yo un perro extraño y mestizo, resolvió divertirse y divertir á sus compañeros á costa mía. Habiendo hecho para este intento, un agujero de dos pulgadas de diámetro, en un pedazo de tabla, me echó garra repentinamente, y poniendo el resto de mi rabo en esta diabólica máquina, lo fijó por medio de una cuña, con un mazo pesado, que apretándome el hueso me hizo ver estrellas. Al instante que fui puesto en libertad, los miserables espectadores de esta chanza pesada, rieron á carcajada tendida de los movimientos zopencos que me manifestaba yo mi dolor; y de mis esfuerzos ridículos para deshacerme de lo que no podía menos de llevar conmigo en mí huída. Ellos me esparataron con palmadas y gritos hasta que me perdieron de vista; pero como el temor, la pena y la confusión me impulsaban á correr con todas mis fuerzas, salté con tal ímpetu entre dos estacas de una palizada, que no estaban bastante separadas para que pasase la máquina diabólica, que la dejé allí con el resto de mi rabo. Encontréme entonces en el patio de un rancho, y temiéndome me revolcase un mastín que divisé de lejos, continué huyendo, pero unos aldeanos que trabajaban en un pajar, viendo que corría yo sin ser perseguido, que mis ojos estaban inflamados, y mi boca cubierta de espuma, se imaginaron que tenía yo rabia y dándome en la cabeza con un mayal, me aplastaron los sesos.

Luego que dejé este mutilado y perseguido esqueleto, me encontré bajo las alas de una calandria que acababa de empollar, con otros tres compañeros salidos del cascarón. Me recojé entonces con la esperanza de poder elevarme fuera del alcance de la humana barbarie; pero mi madre, antes que estuviese yo en estado de volar, fué sorprendida en su nido por un muchacho de escuela, que la agarró con tal fuerza, que no sólo le fué imposible escaparse, sino que murió á poco de los estrujones. El muchacho tomó después el nido con todo lo que contenía, y lo colocó en una canasta, en donde perdí á mis desgraciados compañeros por el cambio de alimento y el maltrato. Sólo yo sobreviví, y luego que pude tomar alimento por mí mismo, me tomé

la madre de mi tirano, cuando fué á pagar á su Señor la renta de una tierra, y me presentó á él como regalo para su hija que tenía diez y ocho años, y era extremadamente hermosa. Los horrores de mi cautividad comenzaron entonces á disminuir; ya no tenía yo la tosca mano de un muchacho turbulento, cuyo amor era apenas menos peligroso que su resentimiento, y que enamorado de algún nuevo juguete podía descuidarme y dejarme morir de hambre, ó que podía torcerme el cuello porque desease emplear en otra cosa los centavos que debían procurarme alimento. La prisión de mi jaula se me hizo habitual, y fui colocado cerca de una ventana muy agradable; las manos más finas del mundo me daban de comer, y me imaginaba yo no poder sufrir ninguna calamidad, bajo la protección de la sonrisa y de las gracias.

Tal era mi situación cuando una señorita vino á visitar á mi ama, y le dieron ganas de acariciarme; cantó, y alargándome un dedo saltó sobre él; ella me tocó, aplicó mi cabeza á su cuello, y yo, para mostrarle mi agradecimiento, comencé á cantar; luego que cesó mi canción, dijo ella á mi ama que un pajarito tan hábil como yo, podría adquirir en el canto una perfección completa con sólo sacarme los ojos y tenerme encerrado en una jaula mucho más reducida. Mi ama, después de habérselo asegurado de nuevo que mi canto mejoraría mucho, consintió en tan horrorosa propuesta, y el día siguiente hizo ella misma la operación, con la punta de una aguja de tejer calcetas, hecha ascua. Mi situación fué entonces más fácil de concebir que de expresar; pero no sufrí largo tiempo la prisión obscura y perpetua que se me destinaba, porque un gato vino una noche sin ser visto, metió la mano entre los alambres de la jaula, y sacándome de ella me devoró.

No me disgustó verme otra vez en libertad y capaz de divertirme en el aire, en la forma de un escarabajo; pero apenas había yo comenzado esta nueva existencia, cuando un Señor en cuyo jardín comía yo una de las hojas de un cerezo, me cogió, y volviendo á su hijo de seis años le dijo: toma este pajarito. El muchacho me recibió con risa que me hizo temblar, y según se le había enseñado, me empaló en un alfiler al cual ató una hebra de hilo, y fui condenado á divertir al mocos, revolando alrededor con las agonías de la muerte; y cuando me vi casi expirando sin poder hacer más uso de mis alas, se le aconsejó que me aplastase con el pie, lo cual hizo él sin misericordia.

De escarabajo me convertí en gusano de tierra, y me encontré

en el muladar de una granja. En este cambio me animaba yo pensando que si no podía volar, no era probable que pudiese yo agrandar ni ofender á los hombres, pues ambas cosas me eran fatales; esperaba pasar mi vida en paz, escapando incógnito de la más cruel de todas las criaturas; pero no gocé largo tiempo del consuelo de estas reflexiones, porque una mañana oí un ruido inusitado, y sentí que la tierra se removía; subí sobre una pequeña eminencia para descubrir la causa, y en el acto fui levantado por un hombre andrajoso, que había hincado un tenedor de hierro en el muladar para descubrir otros seres de mi especie. Fui colocado en una vasija rota con otros asociados en mi desgracia, y puesto después á la disposición de uno de aquellos benignos muchachos que se deleitan en pescar, el cual nos llevó la mañana siguiente á la orilla de un río, en donde le vi tomar á uno de mis compañeros, y silbando una canción, atravesó su cuerpo con un gancho de lengüenta, que le entró por la cabeza y le salió por la cola. El miserable animal se encorvó en el anzuelo sangriento, con dolores que no pueden concebirse por un hombre, ni ser sentidos por quien no sea vital en todo su cuerpo. En esta condición fué suspendido en el agua como cebo para pez, hasta que fué tragado juntamente con el gancho por una anguila. Mientras atestiguaba yo este terrible espectáculo hacia yo reflexión sobre la gran desigualdad entre el placer de atrapar la presa y el dolor padecido por el cebo; pero estas reflexiones fueron interrumpidas porque llegó el momento de que sufriese yo igual martirio.

Te faltaría papel si te relatase yo todo lo que padecí de la barbarie de los hombres, bajo la forma de un gallo, de una langosta y de un marrano; bástete saber que padecí la misma especie de muerte de los que son enrodados; fui asado vivo á fuego lento, y azolado con sogas delgadas para satisfacer el fiencioso apetito del lujo, ó contribuir al regocijo de la canalla.

Hasta aquí sólo había sido yo amanuense de un dictador invisible, cuando, continuando aún mi sueño, sentí algo que me hacía cosquillas en la muñeca de la mano, y volviendo los ojos para ver lo que era, descubrí una pulga que logré coger y la quemé en la candela. Al instante desapareció la pulga, y una joven muy bella se presentó á mis ojos. Miserable atolondrado, me dijo, has cambiado otra vez el estado de mi existencia, y expúctome á calamidades mayores todavía de las que he sufrido. Como pulga era yo tu monitor, y como pulga podía haber esca-

pado de tu crueldad, si no hubiese querido instruirte. No es posible que pueda yo vivir ahora oculta, y por lo mismo imposible que pueda vivir segura. Los ojos del deseo van á fijarse sobre mí; la perseverancia y las maquinaciones me tenderán lazos para hacerme caer en el vicio y en la infamia; pero cuando el hombre es todavía mi enemigo, aunque cuando me asalte con más violencia, y me persiga con mayor obstinación, mi poder para resistir será menor. En mi propio seno hay un rebelde que trabajará para hacerme caer, cuya influencia es perpetua, y la influencia perpetua no se vence fácilmente. Publica sin embargo, lo que te he comunicado: si alguno puede abandonar un descuido criminal de la felicidad de seres inferiores, y evitarles tormentos, considerando el efecto de sus acciones irreflexivas, no habré sufrido en vano. Pero como ahora no sólo me hallo expuesta á males casuales, puesto que además de los de mi propia ligereza, me sitían los de la astucia, para subsanar el daño que me has hecho, preven en el *Aventurero* á las personas de mi sexo, de todas las vilezas que practican los hombres para causar su ruina, y trata de desviar á éstos de semejantes atentados, pintándoles la enormidad de su crimen y lo vergonzoso que es fingir un amor tierno y ardiente, con el único fin de sumergir en la miseria más grande á la bella que ha creído en el amor fingido, y á la inocente desprovista de sospecha.

Al escuchar esta arenga, mi corazón palpitó violentamente y los esfuerzos que hice para contestar me despertaron.

ALEGORÍA DEL DÍA.

(Ensayo de *Hawkesworth*, publicado en el *Aventurero de Londres*.)

SEÑOR AVENTURERO.

Cabe en suerte á los que no viven en la obscuridad, á los que no atraviesan este valle de lágrimas sin ser distinguidos, ni se ocultan en los bosques de la soledad, el tener muchos conocidos y pocos amigos.

Un conocido es un ser que nos saluda con la sonrisa en los labios; que nos dice en el mismo instante que se alegra de los bienes y deplora los males más insignificantes que nos acontecen; que apenas desea volvernos á ver; que nos abandona en las des-

gracias y las enfermedades, y cuando morimos no se vuelve á acordar de nosotros. Un amigo es aquel con quien nuestro interés se halla ligado, que nos consuela en la tristeza de nuestras enfermedades y en la obscuridad de una prisión; á quien cuando muéramos, aun nuestros restos serán sagrados; que los acompaña con lágrimas hasta el sepulcro, y preserva nuestra imagen en su corazón. Nuestras calamidades pueden apesadumbrar á un amigo, y nuestras necesidades empobrecerlo; pero sólo el desprecio puede ofenderlo y la ingratitud enajenarlo. No debe, pues, causar asombro que se ofenda ó se enajene á un amigo? Y puede haber ejemplo más fuerte de la locura y el capricho de los hombres, que el negar á aquellos de quienes es evidente que depende su dicha, aquella urbanidad que prodigan á otros, sin más esperanza de recompensa que la instantánea y trivial vanidad, de oír sus cumplimientos y sus protestas de obediencia?

Nadie tiene más que yo que quejarse de este capricho. Nunca se ha negado que mi persona carezca de importancia; se me concede el gran poder de agradar y de instruir; he contribuido siempre á la felicidad de los que me tratan bien, y debo confesar que jamás se ha abusado de mí, sin que haya yo dejado señales de mi resentimiento.

Soy en lo general considerado como amigo, y son rarísimos los que piensan en separarse para siempre de mí, sin el mayor sentimiento ó inquietud. En cualquiera parte á donde voy, conozco que he sido deseado; que se han fundado esperanzas en mi llegada, y que el placer que se espera que yo difunda, ha sido gozado anticipadamente. Los jóvenes y los que ven el mundo como escena de negocios ó de placeres, suelen apetecerme con tal impaciencia, que aunque cada momento acerque las arrugas y la decrepitud con irresistible rapidez, desearían fuese anonadado el tiempo de mi ausencia, y aun más precipitada la venida de las arrugas y de la decrepitud. No puede en verdad darse mayor prueba que ésta, de mi influencia sobre su felicidad ó del amor que me tienen; y sin embargo, el regocijo con que me reciben disminuye pronto; parece que se cansan de mi compañía: que desearían de nuevo acortar la vida, apresurando la hora de mi ausencia, y que ven con sentimiento que mi visita se prolongue.

Confieso que no es dado procurar iguales ventajas á los viejos, y sin embargo, hay algunos notables por sus virtudes, que me tratan con las pruebas más constantes de amistad. Nunca se muestran impacientes de verme cuando estoy ausente, ni me reciben

con alborozo cuando aparezco, pero mientras estoy en su compañía me tratan con agrado y buen humor; y á medida que disminuye la primera animación con que me reciben, el tenor de toda su conducta es más igual; me permiten que los deje por la tarde sin importunarme para que prolongue mi visita, y me ven partir con indiferencia.

Quizá se imaginará Vd., Señor *Aventurero*, que yo me distingo por alguna singularidad de la cual es consecuencia el trato extraordinario que recibo. Como son pocos los que pueden juzgar con imparcialidad de su propio carácter, ninguno que afirma que el suyo es bueno, es creído puramente porque él lo dice, y para que juzgue Vd. por sí mismo, le referiré el modo con que soy recibido por personas de diferente rango, capacidad y empleo. Expondré los hechos sin falso colorido, y no suprimiré, suavizaré ni exageraré circunstancia alguna que pueda servir á aclarar el verdadero estado de los hechos, y estoy seguro de que la sagacidad de Vd. me hará justicia.

En verano me levanto muy temprano, y la primera persona que veo es un campesino trabajando, que generalmente me ve con alegría, aunque rara vez participa de mi generosidad. Mientras estoy con él, apenas suspende sus trabajos; y sin embargo, habla de mí con agrado, y jamás me trata con desdén ni indecencia; excepto quizá, algún día de fiesta que ha bebido copiosamente, cosa que yo puedo disimular fácilmente, aunque por lo regular recibe una indirecta de su falta la mañana siguiente, para que se conduzca mejor en lo futuro.

Pero aunque tenga yo razón para estar más satisfecho de la conducta de los que veo primeramente, con todo, en mis paseos matinales por la ciudad, estoy casi seguro de ser insultado. Luego que me distingue á distancia el miserable que ha pasado la noche en la taberna, comienza á murmurar maldiciones contra mí, aunque sabe que recaerán sobre su propia cabeza, y continúa impaciente hasta que puede cerrar su puerta y ocultarse en la cama.

Tengo una hermana, y aunque de tez muy oscura, no deja de tener encantos. Se dice que ella parece mejor á la luz artificial en los lugares públicos, en donde el brillo de sus joyas, de sus vestidos y la multitud de otros objetos, impiden que su persona sea examinada minuciosamente. Algunos jueces competentes se han imaginado, quizá por capricho, que hay en ella un sé qué muy agradable á la luz de la luna; una especie de tranquilidad apacible, un desfallecimiento dulce, que suaviza sus facciones y

agrega gracia á sus modales. Se dice igualmente, que se halla mejor dispuesta á una agradable compañía en un paseo, bajo la trémula sombra de una alameda, á lo largo de una ribera florida, ó la arenosa playa del mar.

Los principios de mi hermana difieren de los míos en muchos particulares; pero ha habido siempre tal armonía entre nosotros, que rara vez se muestra ella risueña á los que me han visto pasar con desprecio ó negligencia. Mucho menos usa ella de su influencia, que es muy grande, para procurar alguna ventaja á los que me arrojan de su presencia con maldiciones; y sin embargo, ningunos se aplican más á cortejarla y á permanecer más tiempo en su compañía, que mis enemigos más implacables.

En general, ella es mejor recibida de los pobres que de los ricos; y en efecto, rara vez visita al indigente y necesitado, sin traerle algo para su alivio; con todo, los que se muestran más solícitos para comprometerla en parladas de placer, son siempre sospechados de algún mal designio. Quizá podría Vd. pensar que hay algo de enigmático en todo esto; y yo, temeroso de que no pueda Vd. todavía conocer á fondo mi carácter y declararse en mi favor, daré á Vd. una ligera idea de los incidentes que me han ocurrido durante las últimas once horas.

Son en este momento las cinco de la tarde, me levanté á las cuatro de la mañana, poco después me paseaba yo frente del reloj de la catedral; fuí visto por un hombre bien vestido que me pareció había dormido bajo uno de los portales, y á quien el sereno acababa de decir justamente que yo me acercaba. Después de tartamudear este hombre varias palabras y bambolear algunos pasos, me miró con ceño bajo su sombrero, y me insultó directamente. Dijo al sereno lo mejor que pudo, que había estado en compañía de mi hermana, hasta que se emborrachó, de tal manera, que no le fué posible encontrar el camino de su casa, y agregó que odiaba mi presencia como la del diablo. Manifestó en seguida, deseo de que un coche viniese á tomarlo, y librarlo de mis ojos.

Hacia las ocho visité á una señorita que no pudo verme porque justamente acababa de regresar de una tertulia. En seguida fui á casa de un estudiante que me recibió lleno de júbilo, pero me dijo que iba á ver á un caballero, á cuya hija había él enamorado largo tiempo, y que el padre al fin, por empeño de sus amigos, había consentido en el casamiento, aunque otros varios habían ofrecido mayores ventajas. No quise hacerle mala obra deteniéndolo, y cerca de las doce encontré á un joven disipado y gastador, á

quien había yo ofrecido muchas oportunidades de labrar su dicha, que él no quiso aprovechar y apenas lo dejaba yo, sin haberlo convencido, cuando comenzaba á disipar su vida en solicitud de placeres que nunca podía encontrar. Me miró con una cara en que se traslucía su sospecha, su temor y su perplejidad, y parecía desear que hubiese yo retardado mi visita, ó sido despachado por su criado; porque se había imaginado como después he sabido, que un aguacil se hallaba detrás de mí. Después de comer encontré otra vez á mi amigo el estudiante; pero el que hacía poco me había recibido muy placentero, me vió entonces de soslayo, con cara de herrero, y si hubiese estado en su poder me habría destruido, por la sola razón de que el padre de la joven había cambiado de parecer.

Quizá dirán á Vd. algunos que soy inconstante y caprichoso; que jamás soy la misma persona durante cuarenta y ocho horas consecutivas, y que ningún hombre sabe si le traeré el bien ó el mal en mi próxima visita; pero la identidad de persona puede negarse con igual verdad al *Aventurero* y á cualquier ser sobre la tierra, porque todos los cuerpos animales se hallan en perpetuo estado de decadencia y renovación. Calumnia tan ridícula no merece respuesta seria. Créo que ahora se encuentra Vd. ya en estado de refutar cualquiera otra sofistería de mis enemigos, y de convencer á los hombres de que si yo no los dejo más juiciosos y afortunados de lo que los encontré, la culpa es suya y que todo el que ha logrado mejorar gradualmente su alma y su conducta, ha conseguido una fuente de felicidad divina, un pozo de agua viva, que como el aceite de la viuda, aumentará á medida que se derramare, y aunque fué suplida por tiempo determinado, la eternidad no la agotará.

El periódico de Vd. me parece medio eficaz para que los hombres me traten mejor, y espero que Vd. mismo se mostrará solícito de obtener la amistad de su muy humilde servidor. — Hoy.

PELIGROS DE CIERTA CURIOSIDAD FEMENINA.

(Ensayo de Moore publicado en el Mundo de Lovres.)

Entrando el otro día en un café, vi cuatro ó cinco caballeros alrededor de una mesa, que leían algo en la *Crónica de los Tri-*

bunales, y reían de buena gana. La gravedad de mis años no me permitió informarme en el acto de lo que les hacía reír; pero me propuse esperar, y luego que se marcharon tomé el periódico y encontré que el motivo de su alegría era el juicio de un mozo de diez y siete años, que, cerca de un cementerio, había robado á una muchacha sirvienta, una bolsa con algunas piezas de moneda. La declaración de la sirvienta era como sigue:

« Yo, señor, fui con otra criada al teatro para ver la comedia de la *Muger Intrigante*, que sin duda nos hizo al fin mal provecho por lo que hace á los malos pensamientos, pues por eso ereo que mi compañera se escabulló al salir dejándome plantada, y no volvió á su casa en toda la noche. Yo tuve que atravesar sola el cementerio de San Pablo, y allí me atajó el prisionero queriendo que le diese un beso. ¡ Ah! Innante, me dije yo á mí misma, ya te vi en el teatro; pero si quieres un beso te lo daré y márchate á tu negocio, porque de mí no conseguirás más, te lo aseguro. Esto me lo dije á mí misma señor, mientras él me besaba; pero señor, se fué volviendo muy atrevido, de suerte que yo permanecí inmóvil contra la pared sin chistar para nada, porque quería ver hasta dónde iría su atrevimiento. Pero de repente, cuando no pensaba yo en tal cosa, ¡ zas! reventó el cordón con que tenía yo atada mi bolsa á la cintura y corrió con ella. Entonces creí que ya era tiempo de gritar: ¡ atajen, atajen al ladrón! hasta que el sereno le echó garra, y nos condujo á los dos ante el comisario; y con perdón de Vd., señor, jamás me vi tan furiosa, porque ¿quién habría pensado tal cosa de un muchacho de tan buena cara? »

La extremada sinceridad de esta declaración me agradó mucho, y no pude menos de pensar que el caso podía procurar una buena lección á mis bellas lectoras, que se permiten contentar su curiosidad en ocasiones en que sería más que prudencia suprimirla, y que contienen sus lenguas cuando debían desatarlas para gritar. Las que se permitieren la misma curiosidad que esta pobre muchacha no saldrán quizá tan bien libradas (a) y el

(a) Les suele suceder lo que al pez de que habla Metastasio:

Nada el pez y abre la boca
Del anzuelo en rededor;
Parece que el cebo toca,
Mas se va y deja en la roca
Engañado al pescador.

ladrón no será traído ante la justicia por el robo que ha cometido. En verdad, los serenos á quienes incumbe atrapar tales ladrones, se hallan por lo regular dormidos; á menos que de cuando en cuando no vigile un padre ó un marido; pero el robo nunca es restituído. Hablando en oro puro, el gran destructor del honor femenino es la curiosidad. Esta fué la fragilidad de nuestra primera madre y ha sido transmitida en doble porción á casi cada una de sus hijas. Hay dos especies de curiosidad contra la que yo desearia se precaviesen mis bellas compatriotas: una es la curiosidad mencionada; es decir, la de ensayar hasta qué punto puede conducir la impudencia á un hombre, y la otra la de conocer ellas mismas su propia fuerza, y ver hasta dónde pueden ser estimuladas y retirarse sin mella. También les aconsejaré que guarden sus bolsas como sus personas, contra la traición de los hombres, porque muchas veces es difícil que conozcan si los designios de aquéllos son contra su bolsillo ó contra su honor.

En el buzón de esta redacción se han encontrado las siguientes cartas:

SEÑOR REDACTOR DEL *Mundo*.

Con frecuencia ha censurado Vd. en su periódico los vestidos muy escotados de las mujeres; pero sería de desear que de vez en cuando dirigiese consejos caritativos á ciertos hombres que, con intención ó sin ella, se visten de tal manera, que ponen á las personas de mi sexo en terribles embarazos.

Ha de estar Vd., señor redactor, en que soy una de tres solteras de juicio maduro, que, sin ser parientes, hemos resuelto vivir y morir unidas. Nuestros bienes de fortuna, que separadamente serían escasos, nos permiten, reunidos, vivir cómodamente y tener dos criadas y un lacayo. Patricio lleva seis años de estar á nuestro servicio, y haciéndole justicia debo decir que es sobrio, aseado y diligente. En efecto, habiéndose esmerado en estudiar nuestros genios y en obedecer silenciosamente nuestros caprichos, porque no pretendemos carecer de ellos, ha llegado á hacerse tan indispensable, que sin él nada andaría bien. No le damos librea, pero

Vuelve alegre, juega, gira,
Y se prende sin querer
En el gancho que retira
El pescador, que lo mira
Desangrarse con placer.

Tr.

además de su salario, le hemos señalado una bonita suma anual para sus vestidos; y hablando con verdad, hasta la semana pasada siempre se había vestido con suma propiedad y decencia, cuando de repente, con gran confusión y apuro nuestro, tuvo el descaro de presentarse á servirnos la mesa con calzones de mahón antaño abominables, tan sumamente ajustados al cuerpo, que un observador menos curioso habría creído que Patricio no tenia calzones de ninguna especie. Podría haber creído que la confusión y hocchorno que visiblemente aparecieron en nuestros semblantes, le habrían dado á conocer lo impropio de sus vestidos; pero el tunante parece que ha renunciado toda exterioridad decente, porque cuando nos ha servido el té en el salón, delante de algunas visitas, nos hemos visto forzadas á sufrirle con su detestable mahón, durante lo cual nuestra modestia ha luchado con la naturaleza, para desechar las ideas involuntarias que nos vienen con semejante espectáculo.

Los dos primeros días, aunque no pudimos pensar en otra cosa, la vergüenza nos hizo guardar silencio, aun entre nosotras mismas; pero ya no fué posible guardarlo más tiempo; no obstante, ninguna de nosotras sabia qué medida se debía tomar. Patricio, como llevo dicho, es buen criado, y despedirlo por sólo esta falta, cuando podría probablemente remediarse con sólo hablar una palabra, habría sido llevar la materia hasta el extremo. Pero ¿quién de nosotras debía poner el cascabel al gato? Esta era la grande dificultad; decirle: Patricio, vistete de otra manera; ó Patricio, ese vestido no nos gusta, era poermos en la necesidad de señalarle sus calzones para darnos á entender. Tampoco nos parecia conveniente valernos de Isabel ni de Mariana para que lo hiciesen, porque sin duda, esto las habría metido en explicaciones muy espinosas, que tal vez habrían producido funestas consecuencias.

Después de deliberar algunos días sobre lance tan apretado, y no sabiendo en dónde fijar la vista cuando Patricio está presente, ni atrevidonos á cerrar los ojos por temor de descubrir la causa, me ocurrió escribir á Vd. informándole de nuestro apuro. Como estamos abonadas al *Mundo* y Patricio siempre lo lee, creemos que este medio seria excelente para libertarnos del continuo sonrojo en que vivimos. Si Vd., señor redactor, se paseare por la mañana en las alamedas, no podrá menos de observar la extensión que ha tomado la moda de los pantalones de mahón, sobre todo en esta estación. Yo preferiria que Vd. censurase esta moda

en general, sin particularizar los calzones de Patricio; con todo, lo dejo enteramente á la elección de Vd. y sea cual fuere la determinación que tomare, será del agrado de su muy atenta servidora. — *Marta Pudibunda.*

El caso de esta señora y sus compañeras es tan peliagudo, que temiendo que una indirecta no basta para que Patricio comprenda lo que se quiera, he creído que lo mejor sería publicar la carta tal cual la he recibido, y si á pesar de esto Patricio volviere á presentarse desahogado de sus amas vestido de mahón, autorizo á Mariana é Isabel para que quemem sus calzones en cualquiera parte que los encontraren.

Hablando seriamente, he observado á menudo la indecencia de los pantalones de mahón ú otra tela ligera muy ceñidos al cuerpo, y por lo tanto, declaro que desde hoy 26 de Junio, quedan proscritos. Si alguno apareciere con ellos será considerado como infractor de las leyes de la decencia y el buen gusto.

SEÑOR REDACTOR DEL *Mundo.*

Soy una soltera muy verídica, de cerca de setenta años; pero tengo una porción de sobrinos impertinentes, que porque he conservado mi buen humor, pretenden que no he podido conservar mi entereza corporal. Ruego á Vd., señor redactor, tenga la bondad de decir á estos imperdonables parientes míos, que no es imposible que una mujer posea dos virtudes á la vez, y que puede ser alegre y pura, como puede ser alegre y juiciosa; pero como siempre me están haciendo rabiar á este propósito, me viene á veces la idea de renunciar dicha entereza para conservar mi buen humor; porque temo que lidiando con ellos todos los días por lo que dicen que he perdido, llegue á perder en realidad lo que ellos no niegan que poseo. Ruego á Vd. me aconseje en este arduo negocio, y créame su muy atenta servidora. — *Prudencia Guardafirme.*

En contestación á la señora Guardafirme, sólo diré que si yo estuviese condenado á que alguno me hiciese rabiar por haber conservado mi honestidad, preferiría serlo por el más impudente de los hombres, y no por parientes irrespetuosos y mal educados.

CARTA DE RICHARDSON.

(Dirigida al Redactor del *Espejo de Edimburgo.*)

SEÑOR REDACTOR,

« Hará unos treinta años que paseándome en Egipto por las márgenes del Mar Rojo, entré casualmente en conversaci6n con un Dervis, que me condujo á su ermita. Nuestra amistad fué desde entonces creciendo hasta el grado de hacernos muy gratas nuestras conversaciones filosóficas sobre las cosas de este y del otro mundo. Cuando me vi obligado á dejar el país, sentimos mutuamente nuestra separaci6n, y mi amigo como recuerdo de nuestra amistad, me regaló un espejo. Francamente confieso que vista la pobreza del Dervis y el modo simple de hacerme la oferta, tuve por casi nulo el valor intrínseco del presente. Sin embargo, examinándolo y deseando manifestar que lo apreciaba, este espejo, le dije, puede serme muy útil; como es de mediano tamaño podré llevarlo en el bolsillo, y cuando me encontrare en sociedad me servirá para componerme la corbata ó enderezar la peluca, porque en aquel tiempo para atraerse el respeto de los musulmanes, llevaba yo, como otros extranjeros, una peluca de tres colas.

Eso espejo, me dijo el Dervis mirándome seriamente, vale más de lo que suponéis, de lo cual quedaréis convencido al saber su naturaleza y efectos. Hay espejos convexos que representan los objetos en miniatura, de modo que las imágenes son bellísimas. Una tertulia representada por un espejo convexo aparecerá sin mancha ni defecto, como si fuese compuesta de amables Sifios. Pues bien, amigo mío, mi espejo no es convexo, ni tampoco cóncavo, porque los espejos cóncavos producen un efecto enteramente contrario, y aumentando los objetos que representan, harían á las Huris del paraíso tan espantosas como las furias. En una palabra, mi espejo es plano, simple y bueno, fabricado para representar los objetos tales como son, pero con propiedades y cambios que no producen los espejos comunes.

Siempre que tuviereis, prosiguió el Dervis, dudas sobre la regularidad de vuestra conducta, ó temor de que el móvil de vuestras acciones no sea exactamente el que intentáis ó deseáis, os aconsejo que consultéis inmediatamente el espejo, en el cual os miraréis sin disfraz. Á la verdad, señor redactor, he hecho tantos ensayos de

este espejo, según las instrucciones del Dervis, y he quedado tan poco satisfecho de mí mismo, que realmente me tiene fastidiado. Lo he consultado en el momento de dar limosnas, creído de encontrar en mi rostro las señales de una compasión benigna, y me he visto inflamado y envanecido de ostentación. Otras veces indignado, según me parecía, de los vicios de los hombres y de su ceguedad respecto del verdadero mérito, he consultado mi espejo, y visto en mi semblante el sonrojo de la cólera y el bochorno de mi frustrada ambición. Últimamente uno de mis amigos me leía uno de sus trabajos literarios, y me pareció algo satisfecho de su propio mérito. Este amigo esperaba y merecía ciertamente aplauso; pero yo me dije á mí mismo, no quiero contribuir á la vanidad de nadie, ni exponer á mi amigo al desprecio del público aumentando su presunción, y guardé un silencio inflexible y obstinado. Consulté mi espejo, y me avergüenzo de decir que el móvil de mi conducta no era tan puro.

Pero en vez de exponer mis propias enfermedades, quiero, de acuerdo con algunos de los principios más poderosos de nuestra naturaleza, y en cierto modo exponerme menos á la censura de mis propios defectos, explicar las propiedades de mi espejo, por las imágenes que me ha presentado de los otros hombres.

El Dervis me había dicho: siempre que dudareis de algún hombre, aprovechad el momento, y cuando menos lo esperare, considerad su rostro en el espejo. Mucha diversión os procuraría, señor redactor, si os gusta aquella especie de crítica moral llamada escándalo, al ver los descubrimientos que yo he hecho. He visto varios médicos, con la cabeza inclinada sobre una espalda, los ojos fijos en el rincón de una habitación, ó clavados en su reloj, aparentando contar las pulsaciones del enfermo, cuando en realidad contaban en su propia alma el número de pesos que ganarían en sus visitas de aquel día, ó estudiaban las palabras de galanteo que se proponían dirigir á alguna belleza.

Con frecuencia he llevado mi espejo á la iglesia, y sentado en un cómodo rincón, lo he dirigido hacia el púlpito y atrapado el rostro del vehemente predicador en el momento de varios gestos y ademanes, los cuales expresaban, no humildad sino orgullo; no deseo de comunicar su instrucción, sino de procurarse aplausos; no de explicar el evangelio, sino de dar á conocer la excelencia del predicador.

Ese espejo, me dijo el musulmán, no sólo os mostrará á vuestros conocidos tales como son, sino como desean ser, y para esto basta

tenerlo del modo que me explicó. Del empleo de mi espejo, según la manera indicada por el Dervis, he sacado infinita diversión. ¡Cuántas personas, horrorosamente feas, han aparecido divinamente hermosas; cuántos individuos torpes se han vuelto asombrosamente diestros; cuántas mejillas arrugadas han tomado repentinamente una frescura juvenil! Con todo, debo confesar, por sorprendente que ello pueda parecer, que en lo general he encontrado á los hombres muy satisfechos de sus talentos, y por lo que hace á la moral y los deberes religiosos, he encontrado muy pocos que desearan cambio en su presente condición. Por el contrario, he encontrado muchas personas no poco solícitas de adquirir el uso fácil de algunas impiedades é inmoralidades de moda. He visto hombres y mujeres de superior educación, bien vistos en el mundo, hacer los mayores esfuerzos para olvidar el catecismo, y meditar en su alma alguna chocarrería de moda contra la religión; sin embargo, como el Amén de Macbeth, la he visto obstruida en sus gargantas.

Pero, continuó el Dervis, si tenéis el espejo en una postura conveniente, no sólo os manifestará á los hombres como son, ó como desean ser, sino con los talentos y habilidades de que ellos se figuran poseídos. Esta propiedad del espejo del musulmán me ha procurado más entretenimiento que ninguna otra. He visto transformar repentinamente toda una sociedad; he visto al hombre pesado y común, convertido en airoso caballero, al profundo filósofo en hombre de mundo, y á la mujer del artesano con porte de condesa.

Ahora bien, señor redactor, como habéis emprendido la importante ocupación de instruir al público, y reconozco que sois más á propósito que yo para poseer este precioso espejo, os lo envío con esta carta, en la que hallaréis adjunta una lista de varias personas y casas en que podréis ensayarlo con utilidad. Todo lo que os pido en recompensa es, que uséis este extraordinario don, de manera propia y conveniente, porque del mismo modo que otros excelentes dones, se halla expuesto al abuso. Por lo tanto, empleadlo con circunspección, no deis ocasión para que alguno diga que hacéis uso de un vidrio falso, que la reflexión no es justa, que la representación es parcial, ó en fin, que reproduce imágenes incompletas, desfiguradas y tuerzas. Confiado de que este espejo será en vuestras manos un instrumento de la mayor utilidad, tengo la honra, señor redactor, de suscribirme, vuestro humilde y atento servidor. — *Vitreus*.

NO HAY HONOR SIN VIRTUD.

ALEGORÍA.

(Sueño de Hawkesworth, publicado en el Aventurero de Londres.)

La palabra *honor* es quizá la menos entendida en todos los idiomas, habiendo pocas de las comprendidas erróneamente, que causen tantos daños como ésta.

El honor es á la vez un motivo y un fin: como principio de acción difiere de la virtud en un solo grado, y por lo mismo la incluye necesariamente, como la generosidad incluye la justicia. Considerando el honor como recompensa, sólo debe recaer sobre aquellas acciones que no pueden dimanar de ningún otro principio. Decir de alguno que es hombre de honor, es á la vez atribuir el principio y conferir la recompensa; pero en la común aceptación de la palabra, el honor, como un principio, no incluye la virtud, y por consiguiente como recompensa se aplica á menudo al vicio. Tal es, en efecto, la ceguedad y el vasallaje de la razón humana, que los hombres se sienten desanimados de la virtud, por el temor de la vergüenza, ó iniciados al vicio por la esperanza del honor.

El honor en efecto, se reclama siempre en términos plausibles; pero los hechos en que se fundá la pretensión, son por lo regular perversos y abominables. Lotario se arroga el carácter de hombre de honor por haber defendido á una mujer de los insultos de su marido; y Vitelio se lo arroga igualmente por haber cumplido, á costa de su libertad, un compromiso á que las leyes no lo habrían obligado; pero el campeón de la mujer la sedujo primero al adulterio, y para preservarla del resentimiento de su marido, lo mató en desafío; y el mártir de su promesa pagó una suma á un jugador rico que se la ganó á los naipes bajo su palabra, y con la cual pudo haber satisfecho lo que debía á unos artesanos honrados. Tales son los hombres de honor en la opinión común, y el que en ciertas circunstancias se abstuviese de asesinato, perfidia ó ingratitud, sería desechado, como si su trato infamase á los demás.

Estas reflexiones hacia yo la otra noche antes de poder conciliar el sueño, cuando al fin me quedé dormido y comencé á vagar en las regiones de la imaginación. Soñé que hallándome sentado, pensativo y solo al pie de una montaña, un hombre muy venerable se acercaba á mí con paso apresurado, y haciéndome seña de que le

siguiese, comenzó á subir la montaña muy de prisa. Mi alma presintió en el momento que este era el genio de la instrucción y por lo mismo me levanté en el acto y obedecí la silenciosa intimación de su voluntad; pero no siendo yo capaz de subir con igual rapidez, me tomó de la mano diciéndome: no te dilates, porque llegaríamos después de la hora de la iluminación. Subimos pues, juntos, y cuando llegamos á la cima de la montaña, me dijo: examina la perspectiva, y dime lo que ves. Á la derecha, le contesté, veo un valle dilatado, y á la izquierda una llanura sin término: al fin del valle se halla una montaña que sube hasta las nubes, y en la cima un resplandor que no puedo ver aún con lijeza. En el valle, me dijo, se agolpan y avanzan los discípulos de la virtud; y los secuaces del vicio vagan en la llanura. El sendero de los primeros está sembrado de asperezas; sus pies son á veces heridos con las espinas y á veces lastimados contra las piedras; pero la atmósfera que reina sobre ellos está siempre serena, y se sienten refrescados con brisas saludables, y fortalecidos con los rayos de la alegría. La llanura en que vagan los segundos está cubierta de flores que deleitan los sentidos con su fragancia y hermosura; el terreno es blando y nivelado, y son tantos y tan variados los senderos, que el verdor del césped nunca se marchita; pero la atmósfera superior está perpetuamente oscura; nunca se ve el sol, ni se sienten las brisas; el agua se estanca, y los vapores pestilenciales difunden la pereza, el cansancio y la ansiedad. Al pie de la montaña están los retretes de la paz, y en la cima el templo del honor.

Pero no todos los discípulos de la virtud suben la montaña: el sendero va en verdad, más allá de los retretes, y en el último terreno se encuentra la subida del precipicio; ascender á él, es el trabajo voluntario del fuerte y atrevido; detenerse, es el reposo irreprochable del tímido y cansado. No á todos los que han vencido las dificultades del camino, se han abierto las puertas del templo; ni se han cerrado siempre á los que no lo han transitado. El declive de la montaña por el lado opuesto es gradual y fácil; y por decreto del Hado, la entrada del templo del Honor, ha sido siempre reservada á la Opinión. La Opinión debía ciertamente haber obrado bajo la influencia de la verdad; pero pronto fué pervertida por la Preocupación y la Costumbre: admitió á muchos de la llanura que subían la montaña sin trabajo, y desechó á varios que se habían afanado subiendo el precipicio situado en el sendero de la Virtud. Los últimos sin embargo, no se desgañaron para ser recibidos, sino que murmuraron en silencio, ó satisfechos con un orgullo

noble y la conciencia de su propia dignidad, volvieron la espalda á la Opinión con desdén y menosprecio, y se rieron del Mundo que habían dejado atrás, y que había atestado sus trabajos privados de recompensa.

Pero la multitud dentro del templo se manifestaba descontenta y tumultuosa: los discípulos de la Virtud, celosos de una preeminencia que habían obtenido por medio de los mayores esfuerzos del poder humano, intentaron expulsar á los que habían vagado negligentemente por el declive y sido admitidos por la Opinión para contaminar el templo y deshonrar la asamblea. Todos aquellos á quienes se disputaba el derecho de entrar, estaban prontos á decidir la controversia con la espada; y como nada temían más que la tacha de cobardía, trataron con la mayor insolencia á los que declinaban esta decisión, y que sin embargo no querían consentir en que fuesen admitidos.

Este tumulto y confusión fueron vistos con enojo por el dios del templo, el cual voló al trono de Júpiter, y echándose á sus pies le dijo: ¡Oh gran regulador del mundo, si yo he levantado un templo, en cumplimiento de tus sabias intenciones y de tu amor, para atraer á los mortales sobre el precipicio de la Virtud y animarlos á difundir la felicidad á costa de su vida, no permitas que sea profanado por el Vicio presuntuoso, ni poseído por los que se atreven á perecer violando tus leyes, y derramando calamidades! Júpiter tocó graciosamente al dios con su cetro, y replicó que no podía revocar el nombramiento hecho por el Hado; que la entrada á su templo tenía siempre que depender de la Opinión; pero que él autorizaría á la Razón para que examinase la conducta de ésta, y que si era posible la pusiese otra vez bajo la influencia de la Verdad.

La Razón, obedeciendo las órdenes de Júpiter, bajó á la montaña del Honor, y luego que se presentó en el templo se suspendió la contienda, permaneciendo todos en silenciosa expectativa; pero apenas anunció su comisión cuando volvió el tumulto con la misma insolencia. Todos confiaban en que la Razón declararía que el fallo de la Opinión era en su favor, y los que hablaban más alto esperaban ser escuchados primeramente. La Razón conoció que sólo tenían derecho de entrar en el templo, los que habían subido por el sendero de la Virtud; de modo que para determinar quiénes debían ser recibidos y quiénes expulsados, no se requería más que averiguar el sendero por donde habían subido; pero la misma Razón encontró este descubrimiento, aunque fácil en teoría, muy difícil en la práctica.

Los más viciosos afirmaban que si no habían recorrido toda la

extensión del valle, habían venido al pie de la montaña; y que el sendero que habían seguido no podía menos de ser el de la Virtud. Esto fué vivamente contradicho por otros; y para evitar el trabajo enfadoso de deducir lo cierto de una multitud de circunstancias, se llamó á la Opinión para que decidiese la contienda. Pero pronto apareció que la Opinión apenas sabía distinguir un sendero de otro, y que no determinaba recibir ni rehusar sobre principios ciertos y con conocimiento de causa. La Razón, sin embargo, continuó examinándola, y para juzgar de la verisimilitud de su evidencia por el dictamen que diese de algún nombre famoso, le preguntó por cuál lado de la montaña había subido el Macedonio que anegó el mundo en sangre; ella contestó sin titubear que por el lado de la Virtud, y que estaba segura que no se equivocaba, porque lo vió en el sendero á gran distancia, y notó que subía con una precipitación de lo más impetuosa. La Razón, persuadida de la falsedad de este informe, mandó separar á la Opinión, y procedió á examinar con más minuciosidad á los mismos interesados.

Parecieron á la Razón muy absurdas y extravagantes las declaraciones de muchos pretendientes; algunos, como prueba de haber recorrido el sendero de la Virtud, describieron varias vistas y paisajes del lado opuesto de la montaña; y otros aseguraron que el camino era igual y nivelado, y que lo habían transitado sin tropezar, cuando apenas estaban despiertos, y otros cuando se hallaban ebrios con el vino de Champaña.

La Razón imprimió en la frente de todos éstos una señal de reprobación; y como no podía expulsarlos sin el consentimiento de la Opinión, los entregó al Tiempo, sabeltora de que la Opinión había siempre visto á éste con sumo respeto, y que en lo general había sido amigo de la Virtud.

Se ordenó al tiempo que usase de su influencia para que fuesen expulsados, y que persuadiese á la Opinión á arreglar sus determinaciones por el juicio de la Verdad. La Justicia también decretó que si la Opinión persistía en desempeñar su empleo con negligencia y capricho, bajo la influencia de la Preocupación y ayudada de los absurdos de la Costumbre, la entregaría al Ridículo, ente cruel y feroz, que se complace en las congojas que causa y que sólo podía castigar á la Opinión, la cual tiembla de miedo al sonido de su látigo, y siempre que le ha sido aplicado por orden de la Justicia, se ha manifestado obediente á la Verdad.

El Tiempo, continuó diciendo mi instructor, trabaja todavía en desempeño de las órdenes de la Razón; pero aunque ha logrado